



TEATRO DE ASPENDOS

PEDRO CANO

Lauro Olmo de nuevo en «Monteagudo»



Mariano de Paco

EN el número 16 de *Monteagudo*, en 1956, se publicó «El segundo terrón», un cuento de Lauro Olmo. Era éste un género que, en la pluma de escritores murcianos o de fuera de nuestra región (recuérdense, por ejemplo, las frecuentes apariciones del también vinculado al teatro Medardo Fraile), tenía presencia constante en la revista. Eran años en los que Lauro se conocía principalmente por su actividad como narrador; había escrito ya algunos de sus mejores relatos breves, que en ocasiones constituirían el germen de obras dramáticas. En 1955, con *Doce cuentos y uno más*, obtuvo el Premio Leopoldo Alas y en 1957 fue finalista del Nadal por *Ayer, 27 de octubre*.

Años más tarde, Lauro Olmo escribe *La camisa*, que recibió el Premio Valle Inclán y fue estrenada por *Dido, pequeño teatro*, con dirección de Alberto Gonzalez Vergel, en el Teatro Goya de Madrid el 8 de marzo de 1962. Dos importantes galardones (a los que se sumaron otros), el Larra y el Nacional de Teatro, recaen sobre esta pieza, que se convierte en uno de los títulos paradigmáticos del teatro español de posguerra. Con *La camisa* Lauro Olmo manifiesta lo que ha sido uno de los propósitos capitales de su producción dramática: potenciar, trascendiéndolas, las vías populares («Yo veo en mi teatro una línea tragicómica enraizada en las calles de nuestro país y realizada con las mínimas apoyaturas

convencionales. Trato con él de inquietar o remover conciencias...», escribía hacia 1965).

Lauro Olmo ha cultivado también reiteradamente el teatro breve, de tan conocida raigambre popular (*El cuarto poder*, «una especie de caleidoscopio tragicómico articulado en piezas cortas», es quizá la más completa muestra). Aquella intención y este procedimiento se advierten en su reciente espectáculo *Instantáneas de fotomatón* y en las *Estampas contemporáneas* en las que ahora trabaja y de las que forman parte *El hombre rechoncho* y *El maletín*, que

aparece por vez primera en este número de *Monteagudo*.

Entre el breve cuento de 1956, en el que con magnífico pulso se nos conduce irónicamente al trágico y desproporcionado efecto de una causa mínima, y esta pieza teatral corta de 1992, tan distintas en argumento y desarrollo, puede apreciarse una notable relación, derivada del poder (¿invencible?) que en uno y otro texto posee el *sistema*, familiar, social o político... Es, pasado mucho tiempo, el mismo Lauro Olmo nuevamente en *Monteagudo*.

El maletín



Lauro Olmo

REPARTO:

HOMBRE DE MALETÍN

HOMBRE IMPONENTE

GUARDIÁN

HOMBRE MAL TRAJEADO

HOMBRE DEL SILBIDO

ELLA

ÉL

A la cola, vemos a un hombre mal trajeado. Está como ensimismado. Haciendo guardia ante la «Puerta utópica», un componente del servicio de orden vigila. Viniendo del fondo, atraviesa la «Puerta utópica», como si saliese, un hombre eufórico, jovial, perfectamente trajeado y con un voluminoso maletín colgando de una de sus manos. Saluda con alegría.

HOMBRE DEL MALETÍN.— Buenos días. Luce un sol espléndido, acariciador. *(Al del servicio de orden)* ¡Gracias por su servicio! *(Posa el maletín sobre una de sus rodillas y trata de abrirlo)* ¡Qué gozada la vida! *(Una vez abierto el maletín, se le caen al suelo unos cuantos fajos de billetes)* ¡Siempre tan torpe! *(Va recogiendo los fajos después de guardarse uno en el bolsillo).*

(De pronto el hombre mal trajeado, dejando la cola, se abalanza sobre el maletín y trata de huir con él. Lo detiene el del servicio de orden y lo sitúa de nuevo «A la cola» exclamando:)

GUARDIÁN.— ¡No se impacienta! ¡La cola es la cola!

HOMBRE MAL TRAJEADO.— *(Por el del maletín).* ¡No tiene derecho a hablar así! ¡Ni luce un sol espléndido, ni la vida es una gozada!

HOMBRE DEL MALETÍN.— *(Ya recogidos los fajos desparramados y cerrado el maletín, le dice al guardián al mismo tiempo que le alarga unos billetes)* No le durará mucho esa opinión.

GUARDIÁN.— *(Por los billetes que le alarga)* ¿Qué significa esto?

HOMBRE DEL MALETÍN.— Una muestra de mi agradecimiento.

GUARDIÁN.— ¡Guárdese esos billetes!

HOMBRE DEL MALETÍN.— ¡Pero la costumbre...!

GUARDIÁN.— Costumbre del pasado, señor. ¡Lárguese y disfrute! *(Al hombre mal trajeado, que da muestras de impaciencia)* ¡Y usted tranquilícese!

HOMBRE DEL MALETÍN.— *(Haciendo mutis)* ¡Espléndido, espléndido sol!

HOMBRE MAL TRAJEADO.— ¡Detenga a ese individuo!

GUARDIÁN.— ¡Cálmese de una vez! ¡Y un respeto por los que ya han cumplido su alto servicio!

HOMBRE MAL TRAJEADO.— *(Con sorna)* ¡Con mucho sacrificio, como ha podido apreciarse!

GUARDIÁN.— ¡Una palabra más y le expulso de la cola!

HOMBRE MAL TRAJEADO.— ¿Podría usted? ¿No desbarataría el Nuevo Orden?

GUARDIÁN.— ¡Le ordeno que se calle!

(Hace su entrada otro aspirante que, sin titubeos, se coloca en la cola por delante del hombre mal trajeado. Ha entrado silbando un aire musical de moda.)

HOMBRE MAL TRAJEADO.— ¿Qué hace usted?

HOMBRE DEL SILBIDO.— Ponerme en mi sitio.

HOMBRE MAL TRAJEADO.— Haga el favor de ponerse detrás de mí.

HOMBRE DEL SILBIDO.— *(Que por su aspecto tampoco es un hombre boyante)* Escuche, amigo. Cuando yo llegué, no es que la ciudad estuviese dormida, pero casi, casi. Lo que pasa es que un hombre puede sentir ganas de ... *(Imita el ademán de hacer de vientre)*

HOMBRE MAL TRAJEADO.— ¿Estreñimiento?

HOMBRE DEL SILBIDO.— ¿Qué ha dicho?

HOMBRE MAL TRAJEADO.— *(Alzando el tono de voz)* ¿Que si está usted estreñado? Porque, a juzgar por el tiempo que llevo yo aquí, lleva usted una eternidad en el retrete.

HOMBRE DEL SILBIDO.— *(Al del servicio de orden)* Esta mañana, a primera hora, me dio la vez...

HOMBRE MAL TRAJEADO.— *(Cortándole).* ¡Aquí no había nadie!

HOMBRE DEL SILBIDO.— Un señor de pana. Y antes que éste, un tío del que no recuerdo el rostro, pero sí su pelo, negro, y con bastante caspa, por cierto.

GUARDIÁN.— Perdió usted el sitio, señor.

HOMBRE DEL SILBIDO.— Pero oiga, me he dado el madrugón; lloviznaba aún.

GUARDIÁN.— *(Ordenando).* ¡Colóquese detrás de ese caballero!

HOMBRE DEL SILBIDO.— Pero...

GUARDIÁN.— ¡No insista! Y no se preocupen ustedes, todo ha adquirido el debido ritmo. Casi podría asegurarles que está a punto de concluir la gran operación.

HOMBRE DEL SILBIDO.— Ha salido el sol. ¿Se han dado cuenta?

HOMBRE MAL TRAJEADO.— Para usted aún no.

GUARDIÁN.— ¡El sol sale para todos!

HOMBRE DEL SILBIDO.— *(Silba de nuevo el aire musical de moda. Al fin, exclama).* ¡Es increíble lo que está cambiando todo! ¿Han tomado ustedes el Metro estos días? ¡Ni un pisotón! ¡Ni un codazo! ¡Los desodorantes a pleno rendimiento! ¡Los buenos días al entrar en el vagón! ¡El buen viaje tengan ustedes al salir! ¡Los revisores sonrientes, indicando «¡Píquense ustedes los billetes si los llevan, por favor!» ¡Y las hembras, señores! ¡Las gloriosas hembras de esta ciudad no rehu-

yendo el «aquelarrillo» de las horas punta! Bueno, ¿qué decirles más? ¡Ni una denuncia de robos de carteras, ni de relojes! ¿Qué decirles? ¿Qué decirles? Creo sinceramente, muy señores míos, que es posible que estemos entrando en la época de las canonizaciones, o, si lo prefieren, de la canonización general. (Pausa. Acto seguido pregunta insinuante) Escuchen. ¿Oyen ustedes? (Un poco alejada, se empieza a oír el fragmento más popular de la «Canción de la alegría». El hombre del silbido rompe a aplaudir. El del servicio de orden le impone silencio)

GUARDIÁN.— ¡Escuchen! ¡Habitúense!

HOMBRE DEL SILBIDO.— (Llegándose hasta el del servicio de orden) ¡Permítame que le abrace!

GUARDIÁN.— Vuelva a su sitio y no deje de escuchar

HOMBRE DEL SILBIDO.— (Colocándose de nuevo en su sitio) ¡Con muchísimo gusto!

(El himno de la alegría domina durante unos instantes la situación. Cuando empieza a alejarse, el hombre del silbido, emocionado, se arrodilla y besa el suelo. Al fin, semisollozando, se levanta exclamando:)

¡Nunca pensé que pudiera llorar por esto!

HOMBRE MAL TRAJEADO.— (Duro) ¡Usted es un cretino!

HOMBRE DEL SILBIDO.— (Angélico) ¡Insúltame, hermano, si eso te hace feliz!

HOMBRE MAL TRAJEADO.— (Al del servicio de orden) ¿Tengo que aguantar a tipos como éste a mi lado?

HOMBRE DEL SILBIDO.— (Ofreciendo su espalda) ¡Flagela, hermano, flagela!

HOMBRE MAL TRAJEADO.— ¡No soporto a este imbécil! (Interpelándole) ¿Pero es que no se da cuenta de lo que tardan en hacernos pasar? ¡Alguien está volviendo a las andadas! ¡Alguien se lo está llevando todo! (Al del servicio de orden) ¿Qué ocurre? ¡Tan sólo quedamos dos!

GUARDIÁN.— ¡Tres!

HOMBRE DEL SILBIDO.— (Con alegría) ¿Usted también...?

GUARDIÁN.— (Definitivo) ¡Tres! Y tranquilícense, porque esta vez desaparecerán los contrastes. Todos seremos unos. El nuevo orden lo está imponiendo así.

HOMBRE MAL TRAJEADO.— Dice usted que todos seremos unos. ¿Unos qué?

GUARDIÁN.— ¡Unos! Y al no haber otros, ¡Todo será La Ley!

(Por un lateral entra, vestida a la moda, una hermosa mujer. Por el lateral contrario, vestido a la moda también, entra un hermoso varón. Al verse, corren a abrazarse exclamando jubilosos:)

ELLA.— ¡Todo, todo solucionado!

ÉL.— ¡Poderoso caballero...! ¡Quién nos lo iba a decir!

ELLA.— ¡Genial solución! ¡Ayer en la desesperación! ¡Hoy en la gloria! (Por el abrazo en que están) ¡Aprieta!, ¡estrújame! ¡Nada importa que nos vean! Contra una buena cuenta corriente, no hay quien pueda. Hoy, si me lo propongo, puedo ser virgen, honesta, caritativa, ¡señora, en definitiva! ¡Y hasta me besarían la mano si la extendiera!

ÉL.— ¡O el culo! Y nada ni nadie atentaría contra tu dignidad. (A los demás mostrándola) ¡Y miren, señores, que tetas tan definitivas!

HOMBRE DEL SILBIDO.— ¡La señora no tiene desperdicio!

ELLA.— ¿Y del señor, qué me dicen del señor? (Lo muestra a su vez) Ayer, un «don nadie»; hoy, un «EX». ¡Y con qué planta, con qué apostura! Se lo juro, señores: ¡Se han acabado los feos, los jorobados, los enanos, toda la fantasmagoría de La Corte de los Milagros!

HOMBRE DEL SILBIDO.— Todavía no. Aún quedamos dos.

GUARDIÁN.— ¡Tres!

ELLA.— (Angustiada) ¡Dios mío!

ÉL.— (Igual) ¡Eso no puede ser!

ELLA.— ¡Pueden detenernos, juzgarnos, encarcelarnos!

(Al lado de la puerta utópica hay un peculiar semáforo que ahora pasa del rojo al ámbar para quedar fijo en el verde. El hombre mal trajeado se yergue y, con paso importante, cruza la puerta utópica para desaparecer en lo que nos imaginamos que es el interior. El hombre del silbido, viéndolo desaparecer, exclama admirativo:)

HOMBRE DEL SILBIDO.— ¡Pronto será un «EX»!

ELLA.— ¡Y luego usted!

HOMBRE DEL SILBIDO.— ¡Y luego yo!

ÉL.— ¡Fabuloso!

HOMBRE DEL SILBIDO.— Estaba escrito, señores, ¡aleteaba la sublime decisión en los Lazarillo, los Guzmán de Alfarache, los Monipodio, en

toda la sufrida y diabólica sabiduría de la gran experiencia!

(*El semáforo vuelve al rojo. Ella, mirando hacia el cielo, exclama:*)

ELLA.— Parece que va a llover. (*Al hombre del silbido, muy preocupada*) ¿Usted aguantará en la cola, verdad?

HOMBRE DEL SILBIDO.— ¡Impertérrito!

ELLA.— ¿Se acuerda de Numancia?

HOMBRE DEL SILBIDO.— ¿Quién no? Pero, por favor, míreme bien. ¿Qué ve? ¿Me imagina en un pedestal, en una vitrina, en un mausoleo con la llamita perenne al pie? Señora mía, no se preocupe, que aunque tengo muy claro que soy el último, el único que aún podría sostener la antorcha que les delataría a todos...

GUARDIÁN.— (*Cortándole y como indicándole que también queda él*) ¡Ejem, ejem!...

HOMBRE DEL SILBIDO.— (*Concluyente*) ¡El único! ¡El que les asegura que eso no ocurrirá! ¡Numancia ya no es más que un chascarrillo histórico! (*al guardián*) Y usted, servidor del Nuevo Orden, lo sabe. En definitiva: ¡Será para mí un patriótico «deshonor» completar y dar carta de naturaleza a la nueva sociedad!

ELLA.— ¡Permítame, señor! (*Le besa en la boca*)

HOMBRE DEL SILBIDO.— Besa usted muy bien.

ELLA.— Soy una «EX», no se olvide.

HOMBRE DEL SILBIDO.— (*Por él*) ¿Su marido?

ELLA.— (*Riéndose*) ¡Por Dios!, ¿qué dice usted? ¡Ese sentido de la propiedad...! (*A él*) ¿Le has oído?

ÉL.— No olvides, querida, que aún está a la espera de la luz verde.

(*Viniendo del fondo, atraviesa la puerta utópica hacia el centro del escenario un nuevo «EX» pletórico, imponente de aspecto y de indumentaria. Otro maletín rutilante cuelga, como en el caso anterior, de una de sus manos. Pasa sin hacerle caso, ignorándolo, delante del hombre del silbido, aunque haciendo una leve inclinación ante el guardián. Dirigiéndose a ella y a él, exclama:*)

HOMBRE IMPONENTE.— ¡Aquí me tenéis ya! ¿Todo en marcha?

ÉL.— Absolutamente todo.

HOMBRE IMPONENTE.— ¿Solucionada la plantilla?

ÉL.— Con africanos en su gran mayoría, aun-

que no falten portugueses y gentes de la América del Sur.

HOMBRE IMPONENTE.— ¿Ningún nacional?

ÉL.— ¡Qué pregunta! Todos están como nosotros: proyectando.

HOMBRE IMPONENTE.— ¡Realmente asombroso! (*Por el hombre del silbido*) ¿Y ese que está ahí? ¿Convendría tener en nómina algún nacional.

ELLA.— ¿Qué dices? ¿Estás loco? (*Llevándose los*) ¡Vamos, vamos! (*Siguiendo al hombre imponente y a él, hace mutis la última exclamando*) ¡Buenos días, señores!

HOMBRE DEL SILBIDO.— (*Jovial*) ¡Buenos y prósperos los tengamos todos! (*Al del servicio de orden*) No acaba de decidirse a llover. (*Pausa*) ¿Me permite una pregunta? (*Pausa*) ¿Usted qué opina de los africanos? Una vez ya se metieron aquí y... ¿Me escucha? No, no crea que trato de cerrarles la puerta, ¡por Dios, no! El que nos zurremos de vez en cuando, viene a ser algo así como cosa de familia, ¿no le parece? (*Pausa*) ¿No le estaré molestando? (*Pausa*) La verdad, amigo, aquí están pasando cosas muy raras, y el que yo siga la corriente... Bueno, seguir la corriente no deja de ser aconsejable, ¿no cree usted? Y más en estas tierras, tan duchas en condimentar peculiarísimas ensaladas. (*Pausa*) En confianza, ¿sabe qué pienso?... Aunque más que pensar, se trata de algo que me aflora a pesar mío. ¡Ser tan antiguos es la releche, señor! ¡Dentro de mí hay un hijo-puta heroico que me empieza a jugar la faena! Y ya puedes luchar contra él, mandarlo al desván de las heroicidades; lo más que se logra, sobre todo cuando se es un gilipollas como el que le está hablando, es mantenerlo agazapado, dispuesto al salto, a hacerle tragar a uno todas las frivolidades que, como autodefensa, suelta. Porque si algo parece estar claro, sobre todo hoy, es que hay que vivir; que la vida es irrepitable, señor; que... ¡Usted no me escucha! (*Pausa*) Pero, la verdad: ¡esta oportunidad de pasar a los anales como un numantino!... (*Rabioso contra sí mismo*) ¡Por qué me habré quedado el último!

GUARDIÁN.— El último no. Todo está previsto.

HOMBRE DEL SILBIDO.— ¿Quiere usted decir...?

GUARDIÁN.— (*Cortándole*) ¡Eso! ¡Exactamente!

HOMBRE DEL SILBIDO.— ¿Pues sabe que le digo yo? Que ése que está agazapado dentro de mí se está poniendo nervioso.

GUARDIÁN.— *(Tajante)* ¡Digiéralo!

HOMBRE DEL SILBIDO.— *(Después de una pausa)*
Parece que el sol vuelve a salir. ¿Sabe que tengo proyectado?...

(El semáforo pasa de nuevo del rojo al ámbar y se estabiliza en el verde. El hombre del silbido, dando una zapateta en el aire, exclama:)

¡Yupii!

(Y, jubiloso, atraviesa la puerta utópica y se dirige al fondo. De pronto, se para y se queda como meditando. El del servicio de orden saca su pistola. Pasan así, a la expectativa, unos segundos. Al fin, el del servicio de orden apunta con su pistola al hombre del silbido que, en este

momento, dándole la espalda al fondo, da uno o dos pasos de regreso. Se oye un disparo y cae al suelo, muerto. El del servicio de orden, enfundándose la pistola, se adelanta al primer término del escenario y, dirigiéndose al público concluye:)

GUARDIÁN.— Sería muy fácil que a continuación atravesara yo la puerta utópica; pero, ¿por qué tengo yo que proporcionarles esa tranquilidad? Compréndanlo: también las utopías tienen sus límites.

Junio de 1992

(Esta pieza forma parte de ESTAMPAS CONTEMPORÁNEAS)

